

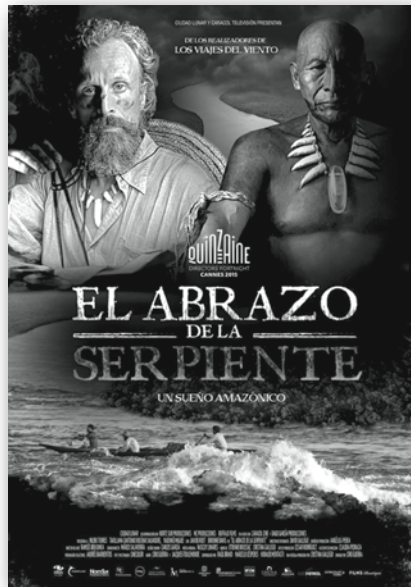
Tantas orillas del río

El abrazo de la serpiente de **Ciro Guerra**

Brenda Ríos



Fotograma de *El abrazo de la serpiente*



El abrazo de la serpiente,
Dirección de Ciro Guerra
Colombia, 2015, 125 minutos

DE TODAS LAS HISTORIAS sobre el fin del mundo elegiré esta: un hombre blanco llega al Amazonas en busca del último hombre que sabe dónde está la última planta capaz de producir sueños y de curar los males. Antes, otro hombre blanco había estado ahí, cuarenta años atrás, para conocer a ese último hombre y hallar esa última planta para salvarse a sí mismo.

Apocalipsis selvático, húmedo, inhóspito, aborigen. El fin del mundo no sucede en el comienzo: África, sino en una de las orillas de la tierra: el Amazonas. Pareciera que allí la vida sigue como hace miles de años. Pero la devastación y las distintas generaciones de explotadores del caucho o la madera más las guerras territoriales han causado daños irreparables. Es uno de los últimos reductos de agua dulce del planeta. Ante la inevitable devastación —ya progresiva— la selva del Amazonas estará cada vez más en el ojo de los cuidadores del mundo (y de los grandes inversionistas también). El pulmón atravesado.

La película toma como origen los diarios de dos científicos. Un etnólogo alemán, Theodor Koch-Grünberg, y el biólogo norteamericano Richard Evans Schultes; dos estudiosos y un chamán, el sobreviviente de su especie: Karamakate. Él sabe lo que se debe hacer, respetar la naturaleza para que otorgue sus frutos. El blanco es el mundo otro: el ambicioso, y también el que busca el conocimiento. El ayudante del etnólogo alemán dice a Karamakate: “tenemos que enseñar a los blancos; si ellos no aprenden, nuestro mundo se perderá”. Da por hecho que comprendería qué mundo

era y por qué era importante saberlo: si no saben los blancos el mundo de la naturaleza, llegarían más y más en hordas, a devastar. Ellos eran los únicos que podrían hacerlos comprender.

Una película que aborda el tema indigenista podría parecer anacrónica porque damos por hecho que son temas superados: la identidad, la otredad, el mestizaje, la blanquitud, el mundo viejo-nuevo, dualidad que fascinaba tanto a Alejo Carpentier, entre muchos otros. El dedo sobre el cuchillo: no, el tema no está superado. O el trauma mejor dicho. Sin vencedores ni vencidos, sin discursos políticos o ambientalistas, el director Ciro Guerra hace un documental de una belleza tal que la cámara muestra, no juzga; no califica, el espectador presencia algo de un mundo pasado aun cuando ocurra en nuestro tiempo. La primera parte (la que corresponde al etnólogo, en 1909) está filmada en blanco y negro, la segunda (la que corresponde al biólogo, en 1939-40), en color: tonos oscuros, acres. Ambos deseaban encontrar la planta, la *yakruna*, para poder soñar.

La visión no es exótica, ni es tampoco el encuentro de dos mundos que —ingenuamente— pudiéramos creer que se ayudan entre sí, nada de eso. No existe una lectura fácil entre dos personas que se encuentran en medio de la nada. Karamakate insiste al biólogo que tire sus pertenencias de la canoa. Ahí, en mitad de la nada, a mitad de un río, necesitaban tirar las maletas para avanzar más rápido. Las pertenencias estorban, se burla el chamán. Imagen que hace recordar una escena de Roy Anderson en *Canciones desde el segundo piso*:

las personas abandonan la ciudad, los autos parados, la gente llega al aeropuerto con todas sus pertenencias en carritos. No pueden caminar. Los más listos comprenden que para alcanzar el mostrador y comprar el boleto de un vuelo deben tirar las maletas.

Guimarães Rosa escribe un relato en los años sesenta: “La tercera orilla del río”. En él, un hombre manda a hacer una canoa y no se sabe el motivo, deja a su familia y se embarca al río. Se le ve perdido a mitad del agua; nadie sabe nada. El hijo le deja comida a escondidas de su madre. Cuando el padre muere, él toma su lugar. Sólo estar ahí, en el río, navegando en esa balsa hecha a medida. El artesano que la hizo había muerto y era el único que quizá supiese por qué su padre había hecho eso. Rosa le llamó a eso la tercera orilla del río. Como si fuera un misterio o algo que se da por hecho. En *El abrazo de la serpiente*, pregunta Karamakate al biólogo: ¿cuántos lados tiene un río? Él dice: dos, por supuesto. El otro contesta: no, el río tiene muchos lados. Muchas salidas. El mundo es ancho y tú sólo eliges ver este pedazo de realidad. No saber ver y no saber escuchar. En eso —insiste él, el último hombre de ese mundo antiguo que se perderá para siempre— consiste la sabiduría. Saber ver y saber escuchar. Escuchar las piedras, el agua, la naturaleza. Y la naturaleza dejó de hablarle, dijo. Él ya no sabía comprender.

La historia se concentra en el encuentro de estos seres y lo que ellos son, no lo que simbolizan por su lugar de origen. Están ahí, pese al mundo lejano y real. El Amazonas se come todo pero regresa vida a cambio. Si abusan de él, contraataca. El mundo moderno está solo. Y sujeto a las pertenencias. Karamakate es un purista: pide respetar el tiempo de caza, el tiempo de pesca,

pedir permiso a los árboles y agradecer a las plantas por existir. Esto podría parecer tan ingenuo que si no fuera por su calidad de embajador del mundo viejo, el último, el único, daríamos vuelta a su página por considerarla pensamiento mágico.

El etnólogo, el alemán, había prometido llevarlo con los sobrevivientes de su pueblo, los que Karamakate creía muertos. A cambio de la *yakruna*. Necesitaba salvar su vida y la medicina era su última esperanza. Poco antes de llegar con su pueblo, se engalana, se fabrica penachos y pectorales de plumas. Es un rey de un tiempo que ya no existe. Un rey que camina con orgullo. Al llegar al lugar observa las chozas y escucha risas. Se acerca. Los descendientes de su pueblo consumen la bebida sagrada con fines de esparcimiento. Karamakate enfurece pues sabe que los dioses también estarían furiosos.

Guerra logra una visión de un tipo particular de crisis. No es el hombre ante el pasado humillado por el blanco; no es el hombre que no aprende de un destino impuesto, lengua, prejuicio, hábitos; la crisis va en el sentido espiritual: vivir como cascarón, sin nada adentro, sin misión alguna. Karamakate comprende, como héroe que es, al final del viaje, que era al blanco al que debía enseñar. Su pueblo dejó de existir y su orgullo cedió ante la revelación: lo que seguiría ya no le tocaba a él. No era un regalo lo que él daba. Era él mismo encontrando la salvación. Decía del ritual para ser hombre: entrar a la selva, dejar todas las pertenencias, y salir de ahí, vivo. Muchos no regresaban, decía, pero quienes sí, salían convertidos en hombres. Él hizo del biólogo un hombre de su tribu. Ese fue su regalo. ■